

EL VOLCÁN

Ana Belén Hormiga Amador

# Secretos que hielan

Ilustraciones  
de Fran Collado

ANAYA



*Para la explotación en el aula de este libro,  
existe un material con sugerencias didácticas y actividades  
a disposición del profesorado en nuestra web.*

© Del texto: Ana Belén Hormiga Amador, 2021  
© De las ilustraciones: Fran Collado, 2021  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2021  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, febrero 2021

ISBN: 978-84-698-8563-5  
Depósito legal: M-30889-2020  
Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADO

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

EL VOLCÁN

Ana Belén Hormiga Amador

# Secretos que hielan

Ilustraciones  
de Fran Collado

ANAYA



*Para Javier Cabrera Hormiga,  
porque me encanta compartir  
la vida contigo.*

# 1

## NADIE PODÍA IMAGINAR EL TERRIBLE DOLOR QUE TENDRÍA QUE SOPORTAR

Me encanta el verano y aquel había sido posiblemente el mejor verano de mi vida. Había disfrutado muchísimo en la playa, con mi familia, y había aprendido un montón de cosas.

En julio, además, creí que estaba soñando cuando descubrí algo que me dejó asombrado: le gustaba a Marga. Aquello me pareció increíble porque yo, Tonuco, soy un chico bastante normal.

Marga, sin embargo, es una de las personas más maravillosas que he conocido nunca. Es divertida, atrevida, valiente... Aunque suene cursi, tengo que admitir que Marga me gusta incluso más que las deliciosas albóndigas que hace mi abuela.

Así que me sentía muy afortunado. Era feliz. Seguramente por eso, me pareció que las vacaciones se acabaron demasiado rápido y que septiembre llegó enseguida. Debía volver al colegio aunque no me apeteciera.

El primer día me levanté temprano. En realidad, había pasado casi toda la noche despierto. Resulta muy complicado descansar cuando no sabes quiénes estarán en tu clase ni qué profes te van a tocar.

Me notaba inquieto. Lo que más me preocupaba era que Paquito pudiera seguir en el mismo grupo que yo. Seguramente no sería así, porque en el colegio hay ciento veinte personas que tienen nuestra edad. Eso provoca que existan cuatro grupos diferentes; es decir, la probabilidad de coincidir con él era de una entre cuatro.

No me apetecía permanecer ni un instante junto a Paquito porque desde que lo conozco me lo ha hecho pasar muy mal. Un día, durante el recreo, me bajó los pantalones y todo el mundo vio mis

calzoncillos de corazones. Durante una temporada, incluso, me estuvo amenazando para impedirme ver a Marga. Aquello me hizo sufrir bastante, de verdad.

Desayuné pensando en Paquito. Después me vestí. Miré el reloj. Todavía faltaban dos horas para que llegara la guagua que me llevaría al colegio. Así que entré en el baño y, en ese preciso instante, descubrí algo terrible.

El pánico se apoderó de mí al observar mi imagen en el espejo. No sabía qué hacer. Estaba asustado, así que me encerré en el baño. Intenté tranquilizarme pero comencé a gritar:

—¡No me lo puedo creer! ¡Noooo...!

—¡Abre, Tonuco! —me pidió mi hermana Rocío desde el otro lado de la puerta.

—¡No! ¡Esto es horrible!

—Abre, Tonuco, por favor... —repetía.

—¡No puedo! ¡Es peor que una pesadilla!

—Abre, Tonucooo, por favor...

—¡Nooo!

—¡Tonuco! ¡Déjame entrar que todo tiene solución! —aseguraba ella una y otra vez.

Me conmovió el interés que mi hermana mostraba hacia mí, así que abrí la puerta y esperé su reacción.

10

Entró en el baño sin mirarme. Eso me dejó confundido. Pensaba que quería ayudarme, sin embargo, cogió su neceser, sacó un lápiz y comenzó a pintarse los ojos sin prestarme atención. ¿Cómo podía no darse cuenta de que algo raro sucedía en mi cabeza?

—¡Rocío! ¡Rocío!

—Ahora no puedo, enano. Tengo que arreglarme. Mi novio está a punto de llegar —me contestó.

—Pero, Rocío...

—Tengo prisa, Tonuco, y todavía no me he planchado el fleco —respondió mientras enchufaba la plancha del pelo.

Entonces, desesperado, me puse delante del espejo tapándolo con mi cuerpo. A



Rocío no le quedó otro remedio que observarme. Estaba a punto de gritarme cuando vio mi cabeza. Esto provocó que abriera los ojos y se quedara muda por el asombro. Retrocedió con cara de susto.

—¡Tonucoooo! —exclamó—. ¡Qué pelos! ¡Estás feísimo!

Nunca le doy la razón a mi hermana, pero era verdad. Mi melena se parecía a la de un león. De cerca resultaba horrosa, pero de lejos, la cosa empeoraba. Mis pelos eran como el césped del campo de fútbol. ¡No podía aparecer el primer día de clase con aquella pinta!

Todo ocurrió porque, semanas antes, Marga me pegó los piojos. No es que la quiera culpar de aquello, pero sé que fue Marga porque ella misma me lo contó.

Sus piojos, al llegar a mi cabeza, se multiplicaron, convirtiéndose en una plaga. Así que entre mi abuela, mi hermana y mi madre intentaron acabar con los malditos bichos echándome todo tipo de productos: mayonesa, vinagre, lavavajillas... Ningún tratamiento funcionaba y

fueron días en los que aguanté picores insoportables. Afortunadamente, los piojos terminaron desapareciendo, pero mis pelos se estropearon. Por eso, aquella mañana, al ver mi imagen en el espejo, noté que la desesperación me invadía hasta tal punto que estaba dispuesto a suplicar:

12

—Necesito ayuda, Rocío...

—Tengo prisa, Tonuco...

—Lo sé, pero no puedo ir a clase así...  
¡Por favor, Rocío, por favor, por favor, por favor, por favorrrr!

Rocío me miró con cara de preocupación y se produjo el milagro.

—Siéntate en el váter —me ordenó.

—¿En el váter? —repetí—. Lo siento, Rocío, pero no puedo hacer mis cosas delante de nadie.

—No seas bruto, Tonuco, siéntate ahí que te voy a peinar.

—Vale, vale... —dije, mientras obedecía.

—Pero antes, cierra la tapa, Tonuco —me ordenó.

Obedecí sin rechistar, no fuera que se arrepintiera y me dejara a solas con mi problema.

Rocío cogió unas pinzas enormes como las que usan las peluqueras y me las fue colocando. No pude aguantar más con la boca cerrada:

—Rocío, ¿cómo voy a ir a clase con las pinzas? ¿Quieres que Paquito vuelva a sacarme fotos para reírse de mí?

13

—Pero, bueno... ¡Encima protestas! No pretendo que vayas con las trabas puestas. Lo que voy a hacer es pasarte la plancha por el pelo para alisártelo, pero antes necesito dividirlo en mechones. Ya verás que te queda estupendo.

—Pero, Rocío...o...o...

—Tonuco, no hay nadie que entienda más de estás cosas que yo, relájate que estás en buenas manos. ¿Quieres un chicle?

—Sí, dame uno.

Traté de tranquilizarme masticando chicle y viendo a mi hermana plancharme el pelo. A veces salía humo y olía a quemado, pero, según ella, eso era normal.

Llegué a creer que todo iba a salir bien, así que me fui relajando. Continué masticando el chicle y haciendo pompas enormes. Seguramente por ello, no sospeché que la tragedia se acercaba.

14 Mi hermana ya casi había acabado, solamente le quedaban uno o dos mechones de pelo. Mientras pasaba la plancha, vi que estaba leyendo y contestando los wasaps que le mandaba su novio, pero no le di importancia. Creo que ese fue el principal motivo que provocó que calculara mal y cerrara la plancha dejando en medio, en lugar de un mechón de pelo, parte de mi oreja izquierda:

—¡Ayyyy...! —chillé al notar que me quemaba.

—¡Aah! ¡Aaah...! —gritó ella al descubrir su equivocación.

Me ardía la punta de la oreja. Pensé que me iba a desmayar. El dolor era insoportable. No te puedes imaginar lo que puede llegar a doler que te cocinen la oreja como si fuera carne de hamburguesa.



—Lo siento, lo sientoooo —se disculpaba Rocío.

—¡Aaaayyy! —repetía yo—. ¡Me dueleee! ¡Ayyy!

—Tonuco, ¡métela debajo del chorro!

—¿El qué? —le pregunté agarrándome la oreja con las dos manos y notando que unas gotas enormes de sudor me salían en la frente y me resbalaban por la cara.

16

—La oreja, Tonuco, métela debajo del grifo.

—¡Ayyy, ayyy...! —me quejaba yo sin poder moverme.

Al oír los gritos, apareció mi abuela:

—¿Qué pasa, Tonuco?

—La oreja, abuela, la oreja...

—¿La oreja? —preguntó mi abuela sin entender nada—. ¿Qué oreja?

—La mía, abuela, Rocío me achicharró la oreja.

—¿Qué?

—Mi oreja, abuela, Rocío me frío la oreja.

Me acerqué para que mi abuela pudiera ver el lamentable estado en que se en-

contraba mi oreja. Al mirarla, mi abuela abrió los ojos y se marchó corriendo sin decir nada. Eso me dolió casi tanto como la oreja chamuscada porque en aquellas circunstancias hubiera agradecido un beso, un abrazo o que al menos se interesara por mí.

No entendí nada. Yo soy el nieto pequeño, el mimado, el malcriado, el que duerme en su cama todas las noches. Estoy acostumbrado a que me trate con más delicadeza, no a que se vaya corriendo cuando surge una dificultad. Me pareció injusto que, ante la gravedad de la situación, mi abuela decidiera irse.

Pasaron los minutos. El dolor era descomunal. Miré a mi hermana, se estaba planchando el fleco como si no hubiera pasado nada. ¿Nadie iba a hacerme caso?

Entonces apareció otra vez mi abuela por el baño. Llevaba un paquete de mantequilla en la mano. Lo dejó sobre el váter y me agarró con fuerza la cabeza obligándome a girarla. Luego, me metió la cabeza dentro del lavamanos.

—Pero... ¿por qué a mí? —grité desesperado—. ¡Yo no he hecho nada, fue Rocío la que me quemó!

—No te muevas, Tonuco, esto te aliviará —comentó abriendo el grifo.

Yo seguía intentando que me soltara. De hecho, continué quejándome hasta que noté el agua fresquita que salía de la llave. Era verdad, aquello aliviaba. Me sentí mejor, pero solo durante un instante, porque el termo estaba encendido y, cuando menos lo esperaba, el agua salió ardiendo.

—¡Aaah! —grité mientras levantaba la cabeza y me golpeaba contra el grifo.

—¡Agüita! —exclamó mi hermana.

Estaba enfadado. Sé que mi abuela y mi hermana querían ayudarme, pero no pude evitar que algunos reproches salieran de mi boca:

—Rocío, ¿no decías que nadie plancha los pelos mejor que tú?

—Y es verdad —respondió—; se los he planchado a miles de personas.

—¿A miles de personas?



—Mi enojo iba aumentando.

—A millones de personas —reconoció presumiendo.

—¿Y a cuántas les has tostado las orejas?

—A ninguna, Tonuco, tengo muchísima experiencia.

—Y si tienes tanta experiencia... ¿Por qué me quemaste a mí?

—Tonuco, no fue culpa mía...

—¿Cómo que no?

—Es que... no pensé que tenías las orejas tan... tan...

—¿Tan qué? —quise saber.

—Tan... tan... —Rocío dudaba, no sabía si confesar la verdad.

—¿Tan qué? —repetí de nuevo—. ¿Qué le pasa a mis orejas? ¿Son grandes?

—No, yo no he dicho eso.

—Dime la verdad. ¿Tengo las orejas grandes?

—No, pero...

Me miré en el espejo. Nunca me ha parecido que el tamaño de las orejas de alguien sea importante, por eso no me

había fijado en las mías hasta ese momento. Al observarlas con detenimiento me pareció que la oreja sana era normal, como la de cualquier persona de mi edad. La quemada era otra cosa porque después del accidente estaba tan inflada como un globo.

—Yo no me veo las orejas muy grandes —aseguré.

—Tonuco, el problema no es que el tamaño, el problema es que están un poco separadas de tu cabeza.

—¿Separadas?

—Sí.

—¿En serio? ¿Y por qué nadie me ha dicho hasta ahora que tengo las orejas raras?

—No digas tonterías, Tonuco —comentó mi abuela—. Tus orejas son preciosas.

No sé si mi abuela me dijo aquello para que no me preocupara. En otras circunstancias hubiera querido averiguar si mis orejas se parecían a los espejos retrovisores de la guagua, pero en esos mo-

mentos otra cosa realmente importante llamó mi atención: mi pelo.

Después de planchármelo, mi aspecto había mejorado muchísimo. Esto provocó que, a pesar de los latigazos que notaba en la oreja sancochada, me sintiera feliz, inmensamente feliz y atractivo. Seguramente por ello, permití que mi abuela me pusiera mantequilla sobre la oreja. Según ella, la mantequilla es buena cuando te quemas. Así que decidí no protestar. Estaba deseando que Marga viera mi nuevo aspecto. Le iba a encantar.

Miré el reloj y me di cuenta de que hacía media hora que había pasado la guagua. Tendría que ir caminando a clase.

Antes de salir de casa, pasé por la despensa y cogí la lata roja de bombones que mi madre guardaba allí. Sin hacer ruido, la coloqué sobre mis rodillas y despegué con mucho cuidado la cinta adhesiva que unía la tapa a la lata. Elegí un bombón relleno de coco y le quité el papel. Luego, me saqué el chicle de la boca, lo coloqué sobre el envoltorio rojo y, tras darle for-

ma, lo cerré para que se pareciera al bombón que había cogido. Cuando acabé, dejé aquella obra de arte dentro de la lata para que nadie notara que me lo había comido. Le puse de nuevo la cinta adhesiva a la caja y me marché corriendo.

Reconozco que llevaba semanas siguiendo la misma estrategia: me comía un bombón y, para que nadie se diera cuenta, rellenaba el envoltorio con la pipa de una ciruela, con plastilina o cualquier cosa que se me ocurriera. Sé que aquello no estaba bien, pero esta vez me dolía tanto la oreja que necesitaba algo que me hiciera sentir mejor y, además, me diera energías, porque el colegio estaba bastante lejos.

# Índice

|                  |     |
|------------------|-----|
| Capítulo 1 ..... | 7   |
| Capítulo 2 ..... | 23  |
| Capítulo 3 ..... | 39  |
| Capítulo 4 ..... | 58  |
| Capítulo 5 ..... | 73  |
| Capítulo 6 ..... | 84  |
| Capítulo 7 ..... | 99  |
| Capítulo 8 ..... | 131 |



A partir de 9 años

Tras un terrible accidente doméstico, provocado por el despiste de su hermana, Tonuco termina con una oreja quemada. Lejos de sentir rencor hacia ella, se preocupa muchísimo cuando esta enferma gravemente. Menos mal que sus desvelos y mala suerte se verán recompensados con un viaje a la nieve que se convertirá en una aventura bastante ajetreada.

1558047

ISBN 978-84-698-8563-5



9 788469 885635